

mando en España fué dejarse burlar de la astucia de un cartaginés. No merecía su nombramiento la pena de haber desairado á Marcio. Pronto fué otra vez llamado á Roma.

## CAPÍTULO V

### Escipion el Grande

DESDE 211 ANTES DE J. C. HASTA 205

Es nombrado Publio Cornelio Escipion proconsul de España.—Desembarca en Tarragona.—Toma á Cartagena.—Generosidad de Escipion con los españoles.—Noble y galante conducta del romano con una jóven española.—Acción de Bécula. Gánala Escipion.—Logra Asdrúbal pasar á Italia.—Nuevos triunfos de los romanos en España.—Los cartagineses reducidos á Cádiz.—Enfermedad de Escipion. Propágase la falsa voz de su muerte, y se rebelan de nuevo Indibil y Mandonio.—Sublévase una parte del ejército romano.—Somételos á todos Escipion.—Tratos con Masinisa para la entrega de Cádiz.—Conducta del gobernador Magon.—LOS CARTAGINESES SON EXPULSADOS DE ESPAÑA.

Tratábase en la asamblea del pueblo romano de nombrar un general que reemplazase á Claudio Neron en España. Vióse con sorpresa que nadie aspiraba á recibir este honor. La suerte desastrosa de los dos Escipiones y las noticias que Neron les daba de la astuta falsía de los de Cartago hacían que se esquivara como peligroso el mando de las armas romanas en la península española. La república no sabía á quién enviar. Un jóven de veinticuatro años se levanta y con arrogante acento: «Yo soy Escipion, exclama: pido que se me nombre proconsul. Quiero ser el vengador de mi familia y del nombre romano. Entre las tumbas de mi padre y de mi tío sabré ganar victorias. Tengo todo lo que se necesita para vencer.» El jóven Publio Cornelio Escipion fué nombrado proconsul.

Diez y nueve años tenia cuando su padre Publio fué herido en la batalla del Tesino peleando contra Aníbal, y ya entonces salvó la vida á su padre. Cuando las legiones derrotadas en Cannas se desbandaron por Italia, una de ellas nombró su jefe al jóven Publio Cornelio. Duraba el pavor á los soldados, y no trataban sino de huir. Escipion se presentó en medio de los fugitivos con su espada desnuda: «Juro aquí solemnemente, les dijo, que con esta espada atravesaré el corazón á todo el que pretenda tomar el camino de Roma. Juro por Júpiter no hacer jamás traición á la república. Tú, Cecilio, y vosotros todos los que os hallais aquí presentes, prestad el mismo juramento.» Tan enérgico lenguaje usado por un jóven, contuvo y realentó las tropas.

Especies misteriosas circulaban por el vulgo acerca de su nacimiento. Decían que nueve meses antes de venir al mundo se había visto un enorme dragón en casa de su madre. Veíasele subir diariamente al Capitolio, y él hacía creer que conversaba horas enteras con Júpiter. Teníasele por hombre recto. Aunque jóven, concebía grandes pensamientos, y los ejecutaba con madurez. Respetaba ó se reía de las leyes, de la religión y de los tratados, según cumplía mas á su propósito. Era un digno rival de Aníbal.

Partió, pues, Publio Cornelio Escipion á España con diez mil infantes y mil caballos: se embarcó en Ostia y desembarcó en Tarragona.

Su primer pensamiento fué apoderarse de Cartagena, el principal baluarte de los cartagineses. Llegada la primavera, y aprovechando la ocasión en que los generales enemigos se hallaban léjos de la plaza, Magon cerca de Cádiz, Asdrúbal Gisgon á la boca del Guadiana, y el otro Asdrúbal en el país de los carpetanos, ordenó á Lelio que con la armada siguiese la costa, y él sin perderla de vista pasó el Ebro con veinticinco mil infantes y dos mil quinientos caballos. A los siete dias la escuadra y el ejército se hallaban á la vista de Cartagena. Guarnecíala solos mil hombres: creíasele por su gran fortaleza al abrigo de todo ataque. Despues de intentados varios asaltos, rechazados con bizarría por los españoles que presidaban la ciudad, fué avisado Escipion de que había un sitio que en las máreas bajas quedaba casi en seco, y por el cual podía llegarse á pie hasta la muralla. Sirvióle la noticia para persuadir á sus soldados que Neptuno favorecía su empresa, y les dejaría atravesar el mar sin peligro. Así sucedió. Neptuno

retiró las aguas á la hora que de costumbre tenia, y mientras Escipion daba el asalto por la parte del Norte, una compañía escogida atravesó el vado hasta tocar en el muro. Echáronse las escalas, y abriendo la puerta mas cercana, pronto estuvo la plaza en poder de los romanos (210). Las crueles leyes de la guerra fueron al principio seguidas, y no cesó la matanza hasta haberse entregado la ciudadela, donde se había retirado el gobernador Magon. Lelio entre tanto se apoderó de la flota cartaginesa, quedando así los romanos dueños tambien y señores del mar.

Era Cartagena como la metrópoli de la España cartaginesa, el mejor puerto del Mediterráneo, la plaza mas fortalecida, el emporio del comercio, el almacén y arsenal de las provisiones y de las armas, el depósito de los rehenes y el centro de las riquezas. Inmensas fueron las que allí recogió el vencedor. El oro y la plata se depositaron en manos del cuostor, especie de cajero de la república. El resto del botín, hecha la competente valoración por los tribunos militares, se distribuyó según costumbre entre los soldados; ramo era este que los romanos tenían perfectamente organizado: los soldados hacían juramento antes de entrar en campaña de no retirar nada del botín, y los romanos guardaban entonces sus juramentos.

Pasados los primeros excesos de la soldadesca, comenzó Escipion á mostrarse generoso. La ley hacia esclavos á los prisioneros: Escipion dió libertad á todos los españoles, y lo que es mas, les restituyó todos sus bienes, aun á aquellos que aliados antes de Roma habían pasado á las filas contrarias. Otro acto de generosidad, mas noble todavía, levantó mas alta la fama de las virtudes del insigne caudillo. Por una inveterada y horrible costumbre las prisioneras quedaban de derecho á merced del vencedor. Hallábanse entre ellas la esposa de Mandonio y las hijas de Indibil, jóvenes y hermosas, dice Livio (1). Escipion respetó la esposa y las hijas de sus enemigos. Esto fué poco todavía. Como el presente que mas podia halagarle le presentaron los soldados una jóven española notable por su rara y singular belleza. Era Escipion hombre de pasiones vivas y fogosas. Sabedor, no obstante, de que aquella jóven se hallaba desposada con un príncipe celtibero llamado Allucio, hizo llamar á sus padres y á Allucio mismo, y entregósele con todo el oro que para su rescate habían traído. «Recibidla de mis manos, les dijo, tan pura como si saliese de la casa paterna. No os pido en recompensa de este don sino vuestra amistad hácia el pueblo romano.» Allucio supo corresponder al beneficio: sirvió á Roma é hizo grabar aquella memorable acción en un escudo de plata que regaló al generoso romano (2). Con semejante moderación granjeóse mas partido Escipion en España que con multiplicadas victorias.

Lelio fué enviado á Roma con cartas para el senado anunciándole la toma de Cartagena. Como testimonio de la conquista llevó este en sus naves al gobernador Magon con algunos consejeros y senadores cartagineses. Hecho esto, y dejada la suficiente guarnición en Cartagena, volvióse á invernar en Tarragona.

La política de Escipion le atrajo, como era de esperar, la amistad y afecto de los pueblos y de los caudillos españoles. Además de Edesco ó Edecon, varon muy principal entre ellos, pusieron á su devoción aquellos dos famosos régulos Indibil y Mandonio, que le debían la restitución de sus familias. Admitiólos Escipion á su gracia, sin tener en cuenta su anterior enemistad, ni la parte que uno de ellos tuvo en la derrota y en la muerte de su padre. A tal punto rayaba ó la política ó la magnanimidad del vencedor romano.

Todavía el infatigable Asdrúbal tentó vengar el infortunio de Cartagena, y salió de nuevo á campaña. Fué Escipion al encuentro, llevando consigo á Lelio, que ya era vultro de Roma, y al español Indibil que le guiaba. Halló al cartaginés cerca de Bécula, no léjos de Castulon. Allí tambien vencieron las águilas romanas; allí tambien se vió la política de Escipion.

Los prisioneros cartagineses fueron vendidos como esclavos; los españoles enviados libres y sin rescate. Entre los africanos

(1) *Etate et forma florentes.*

(2) Liv. cap. 37.

destinados á la venta llamó su atención un jóven nómida, cuyo garbo y gentileza le distinguían de los demás esclavos. Supo que era sobrino de Masinisa, y nieto del rey Gala. Mandó Escipion que fuese tratado como un príncipe, y llamándole luego á su tienda y dándole un anillo de oro, un traje militar español y un caballo ricamente enjaezado, le envió con buena escolta de caballería á los reales de Masinisa. Galante generosidad que Masinisa no olvidó jamás (209).

Habido consejo entre los generales cartagineses despues de la derrota de Bécula, acordaron que Magon pasara á Mallorca á reclutar honderos, que Masinisa con la caballería ligera molestara los pueblos confederados de Roma, y que Asdrúbal Barcino, recogiendo cuanta gente pudiese en la Bética y en la Lusitania, realizara el antiguo y tantas veces frustrado proyecto de pasar á Italia en ayuda de Aníbal. Esta vez logró dar cima al designio en que con tanto ahinco se había empeñado el senado cartaginés, el cual supo con regocijo que Asdrúbal, siguiendo el mismo camino que diez años antes había llevado su hermano Aníbal, había salvado los Pirineos, la Galia y los Alpes, y se hallaba en Italia (208); para mal suyo, como habremos de ver en la breve noticia que daremos de aquella famosa campaña, una de las mas memorables de la antigüedad.

En España quedaban ya las costas del Mediterráneo y la parte oriental de la Bética bajo la dominación romana. Sin embargo, mientras Escipion en Tarragona se dedicaba á arreglar el gobierno de la provincia, vino de Cartago Hannon en reemplazo de Asdrúbal Barcino, acompañado de Magon, el que había ido en busca de honderos baleares (1). Metiéronse juntos por la Celtiberia con intento de hacer levas de gentes; pero á estos les venció Silano, lugarteniente de Escipion, cayendo en su poder el mismo Hannon recién venido (207). Lucio, hermano de Escipion, se encargó de rendir á Oringis (Jaen) que tomó por asalto, despues de lo cual fué enviado á Roma, llevándose consigo al prisionero Hannon y á trescientos cautivos nobles, según costumbre de los romanos.

Dos solos generales cartagineses quedaban ya en España, Asdrúbal Gisgon y Magon, reducidos á las últimas partes de la Bética, donde era mas antiguo su dominio. Allí fué á buscarlos el mismo Escipion, y empeñado un recio combate entre Córdoba y Sevilla, obligó á Asdrúbal á guarecerse en Cádiz con los desbaratados restos de su ejército, de noche y por fragosos cerros y ásperas veredas. Ya no quedaba á los cartagineses mas que Cádiz y algunas ciudades vecinas. Mantúvose observándolas Silano (206).

Acercábase á su término la dominación cartaginesa en España.

El mismo Masinisa resolvió abandonar el partido de Cartago, y despues de concertar secretamente con Escipion y Silano la manera de ejecutar aquel pensamiento, volvióse á Cádiz para mejor disimular y encubrir el designio. Pudo mover al terrible nómida á obrar de este modo el ver cuán de caída iban las cosas de su patria, y pudo tambien Escipion ganar con su política el ánimo de un príncipe que le había visto portarse tan generosamente con su propio sobrino (2).

Revolvía ya Escipion y traía en su cabeza la idea atrevida de apoderarse de la misma Cartago. Con este propósito partióse para Africa al intento de atraerse al viejo rey nómida Siphax. Conseguido esto, regresó á Cartagena satisfecho de haber suscitado á los cartagineses un embarazo en su propio país.

A su vuelta se propuso castigar el agravio que las dos ciudades, Illiturgo y Castulon, habían hecho á los romanos. Encomendó á Marcio el escarmiento de Castulon; tomó sobre sí el de Illiturgo. Defendieronse brava y heroicamente los de esta última ciudad, viendo que no podían evitar el suplicio, pero tomáronla los romanos por asalto. Si horrible había sido

(1) Esta identidad de nombres, tantos Hannon, tantos Magon, y tantos Asdrúbal, como asimismo la pluralidad de Escipiones, pueden fácilmente producir confusión no poniendo cuidado en distinguirlos, y dan á estas guerras cierta monotonía que el historiador no puede remediar.

(2) «Acordó, dice el gravísimo Mariana, de moverse al movimiento de la fortuna y bailar al son que ella le hacia.» Lib. II, c. 22.

el crimen y grande la deslealtad, grande y horrible fué tambien la expiación. Todos sus moradores sin distinción de sexo ni edad, hasta los niños de pecho, fueron pasados á cuchillo; sus edificios incendiados; no quedó piedra sobre piedra; sembróse de sal el sitio en que habían estado las murallas. Negra mancha que echó Escipion á la fama de guerrero y templado que antes tenia. Difícilmente los mas moderados guerreros dejan de empañar el lustre de sus glorias con algun acto de inhumanidad y de fiera. Parece llevarlo consigo el ejercicio de las armas y el hábito de derramar sangre. Castulon fué con menos dureza tratada, acaso porque había sido menos culpable (3).

Volvió Escipion á Cartagena, donde quiso dar un ejemplo de piedad filial honrando los manes de su padre y de su tío con magníficos funerales. Asistieron á estas fiestas fúnebres los principales jefes españoles, y aprovechó aquella reunion el romano para afianzar mas su amistad y tomar mayor ascendiente sobre los indígenas (4).

Entre tanto el intrépido Marcio iba subyugando el resto de las ciudades de la Bética. Solo Astapa (cerca de donde hoy está Estepa), recelando le estuviese reservado un castigo semejante al de Illiturgo por haber muchas veces maltratado los pueblos aliados de Roma, resolvió antes que rendirse parecer á ejemplo de Sagunto, y así lo cumplió. Sitiada por Marcio, y despues de haber hecho esfuerzos desesperados de valor, determinaron sus habitantes morir todos antes que rendirse. Tambien como los de Sagunto levantaron en la plaza pública una inmensa pira, y reuniendo sus mujeres, sus hijos, y todos sus efectos y alhajas, dieron orden á cincuenta jóvenes de las mas determinados y resueltos para que, en el caso de penetrar en la ciudad las cohortes romanas, degollaran sus familias y aplicaran fuego á la leña. Ellos salieron como los saguntinos á atacar los atrincheramientos romanos; dejólos Marcio avanzar hasta tenerlos completamente envueltos; ciegos ellos de ardor, no ven el peligro, y perecen clavados por las lanzas romanas. Dirigense luego los vencedores á la ciudad..... cadáveres solo y cenizas encontraron en ella. Lo que Sagunto había hecho por no someterse al yugo de Cartago lo repitió Astapa por no doblarse al yugo de Roma. Solo en España se vieron estos ejemplos de rudo heroísmo ¿Por qué Astapa ha sido menos ensalzada que Sagunto? ¿Será porque la ciudad fuese de menos importancia, ó porque los historiadores han sido romanos y no cartagineses?

Reducidos estaban ya los cartagineses al solo recinto de Cádiz. No faltó quien de esta ciudad saliera secretamente á ofrecer á Escipion la entrega de la plaza. Pero descubierta ó traslucida la trama por el gobernador Magon, redobló la vigilancia y las guardias, y arrestados los jefes de la conspiración, determinó trasportarlos á Cartago en una flota á las órdenes de Adherbal. Esta flota fué en su mayor parte destruída por la escuadra de Lelio, que en las aguas de Algeciras la aguardaba. Salvóse, no obstante, Adherbal en su galera. Lelio y Marcio, desesperando de poder tomar por entonces una ciudad tan defendida y vigilada, volviéronse con la flota y el ejército á Cartagena.

Faltó poco todavía para que un inopinado incidente diera al traste con todo el poder romano en España. Acometió á Escipion una enfermedad grave, y se difundió la voz de que había muerto. Los dos hermanos españoles Indibil y Mandonio, que se habían unido á los romanos, no tanto acaso por

(3) *App. de Bell. Hisp.*—Tit. Liv., lib. XXVIII.

(4) En estas fiestas se vió por primera vez en España (ó por lo menos es el primer caso que hallamos consignado en la historia), dirimirse una cuestión de derecho por medio del duelo ó combate personal. Dos ricos españoles, Corbis y Orsúa, ó hermanos ó primos, se disputaban el derecho al señorío de la ciudad de Iba, cuya situación hoy se ignora. Acordaron los dos contendientes terminar su querrela por la vía de las armas en singular combate. Quiso el mismo Escipion intervenir en el negocio y reconciliarlos. Aceptó su mediación Corbis; no así Orsúa, que se obstinó en llevar adelante el duelo: cara le salió su obstinación, pues aceptado por Corbis, y batidos los dos campeones, pereció Orsúa en la demanda, quedando su victorioso rival dueño y señor de Iba. Antiguo ejemplo de los famosos juicios de Dios, tan comunes despues en la Edad media. Liv., lib. XXVIII.

gratitud á Escipion, como con la esperanza de expulsar con su ayuda á los cartagineses, creyendo en la muerte del caudillo romano, mudaron otra vez de partido y levantáronse en armas de nuevo. Sobre unos ocho mil romanos que acampaban á las márgenes del Ebro, creyendo también muerto á su general, amotináronse so pretexto de faltarles las pagas, y depouiendo á sus jefes y nombrando en su lugar á simples soldados, encamináronse á Cartagena y llegaron hasta las orillas del Júcar. Pero Escipion no había muerto; hallábase por el contrario restablecido ya á aquella sazón; y con su consumada prudencia dejó avanzar los rebeldes, los esperó y los hizo envolver por todo su ejército: mas no queriendo destruirlos ni diezmarlos, temiendo también la vecindad de Indibil y Mandonio, les habla, les persuade, les ofrece que les pagará de los tesoros mismos de los dos españoles, á quienes juntos van á batir, los reduce á la obediencia, y por satisfacer á la disciplina militar castiga un corto número de los sublevados.

Indibil y Mandonio, noticiosos de esta novedad, repasan el Ebro en retirada. Escipion los persigue, los acosa, los bate y los destruye. Convencidos estos españoles de la imposibilidad de luchar contra el ascendiente de Escipion, imploran su clemencia, y disculpando su ligereza, demandan humildemente perdón para ellos y para sus conciudadanos. El romano vuelve á mostrarse generoso, y después de reprenderles y afearlos su perfidia, les otorga el perdón, y les deja sus armas y sus estados, condenándolos solo á una fuerte contribucion para el pago de sus tropas.

Si artera y fingida fué la sumision, no fué menos política la indulgencia. Pero conveniale á Escipion dejar allí restablecida la paz, bien que fuese aparente, porque le urgía arrojar á los cartagineses de Cádiz.

Habia vuelto de Africa Masinisa con un refuerzo de caballos nómadas, como para socorrer á los suyos, pero ya hemos visto cuán inclinado estaba á hacer causa con los romanos. Escipion se había también acercado á Cádiz, y entonces fué cuando los dos caudillos celebraron la entrevista en que se pactó la amistad que había de durar toda la vida, y se concertó la entrega de la plaza.

Pero Magon mismo ya no pensaba en defenderla. El senado cartaginés había resuelto al fin abandonar la España y con aquellas tropas tentar el último esfuerzo en Italia. Magon recibió orden de partir. Preparóse á ello arrebañando cuanto oro y plata pudo, así del tesoro como de los particulares, sin respetar los templos de los dioses, que despojó también. Embarcóse en seguida, dejando á Masinisa con sus nómadas en Cádiz. Tomó rumbo hacia Cartagena, y acercóse á la antigua metrópoli por si podía sorprenderla, pero rechazado vigorosamente por la guarnicion romana, dió la vuelta hacia Cádiz, cuyas puertas halló cerradas ya, y abolida la autoridad de Cartago. Abordó entonces con su flota al pequeño puerto de Ambis, desde donde envió diputados á la plaza quejándose de aquella novedad; y como manifestase deseos de hablar con los magistrados, acudieron estos cándidamente donde Magon estaba, el cual tan luego como los tuvo en su poder los hizo azotar y dar muerte de cruz. Así se despidieron de España los últimos cartagineses. Con una felonía se habían apoderado de Cádiz, y con un acto de traicion le hicieron la última despedida (205).

Hizose de allí Magon á la vela para las Baleares. Tentó un desembarco en Mallorca, pero los honderos mallorquines le recibieron con una lluvia de piedras, que mal de su grado le obligaron á retirarse. Mejor recibido en la menor de aquellas islas, ó por lo menos sin hallar la misma resistencia, detúvose á invernar en un puerto que de su nombre se llamó *Portus-Magonis*, despues Puerto Mahon.

Quedaron, pues, los cartagineses expulsados de España, despues de catorce años de porfiadas y sangrientas luchas, y al quinto de haberse encargado Escipion de la guerra y del gobierno de la Península (1). Cádiz, la primera colonia fenicia, y la última ciudad cartaginés, pasó á ser ciudad romana.

(1) Liv. lib. XXVIII, caps. 18 y 19.

## CAPÍTULO VI

### Caída de Cartago

Campañas de Anibal en Italia.—Constancia de los romanos.—Primer triunfo del cónsul Marcelo sobre Anibal.—Llega Asdrúbal á Italia.—Es derrotado y muerto en el Metauro, y su cabeza arrojada al campamento de Anibal.—Sentidos lamentos y lúgubres vaticinios de este.—Pasa Escipion de España á Roma.—Sus designios.—Oposicion que encuentra en el senado.—Pasa á Sicilia y desde allí á Africa.—Pérdida estratégica que emplea para derrotar á Siphax.—Anibal es llamado de Italia en socorro de Cartago. Acude.—Entrevistas de Anibal y Escipion.—Famosa batalla de Zama.—Triunfa Escipion y sucumbe Cartago.

Aunque los sucesos que vamos á referir en este capítulo acontecieron fuera del territorio de nuestra Península, influyeron grandemente en los destinos de España. Trátase además de la suerte que cupo á dos de los mas famosos capitanes de la antigüedad, que ambos habían inaugurado la carrera de sus glorias en los campos españoles. Trátase de dos guerreros insignes, que en nombre de las dos mas poderosas y mas enemigas repúblicas se disputaban el imperio del mundo. Trátase del final término que tuvieron las memorables luchas entre romanos y cartagineses; luchas sostenidas con soldados españoles, que peleaban fuera de su patria en contrarias filas, y que solian decidir el éxito de las batallas en provecho ajeno. Trátase, en fin, de la caída de una república que enseñoreó siglos enteros los mares, y estuvo á punto de sujetar la Italia y la España al dominio africano.

Dejamos á Anibal invernando en Capua despues del memorable triunfo de Cannas. Se ha hecho un cargo á aquel ilustre guerrero de no haber marchado directamente sobre Roma, pero acaso en nada anduvo mas prudente el africano que en no empeñarse en la conquista de la ciudad eterna. Tal vez se han exagerado también los daños que en la disciplina y en la moralidad de su ejército causaron las ponderadas *delicias de Capua*: puesto que se vió todavía á este mismo ejército, no muy numeroso, sostenerse por espacio de muchos años en país enemigo, pelear con vigor, mantener en respeto á Roma en medio de todo género de dificultades. Lo peor que tuvo Anibal contra sí fué la constancia romana, aquella constancia heroica que desplegaron los romanos pasadas las impresiones del primer aturdimiento. Todos, hasta los esclavos, se alistaban voluntariamente en las banderas de la patria: todos los ciudadanos derramaban espontáneamente su dinero en las arcas públicas: las naciones vecinas le prodigaban recursos y soldados. De tal modo se recobró Roma del susto de Cannas, que cuando se puso en venta el terreno sobre que acampaba Anibal, se presentaron tantos compradores como si la Italia se hallara limpia de enemigos; y cuando se trató del rescate de prisioneros, Roma contestó con arrogancia, que no le hacian falta soldados que se dejaban coger vivos, y tuvo la audacia de intimar á Anibal que saliera aquella noche del territorio romano. Todo esto era propio de una república que cuando uno de sus cónsules volvía derrotado y vencido, le daba todavía las gracias por haber llenado su deber y no haber desconfiado de la salud de la patria.

Tuvieron los romanos la fortuna de apoderarse de Siracusa (2), de donde sacaron inmensas riquezas, y redujeron toda la Sicilia á simple provincia romana. Llamó entonces Roma al cónsul Marcelo, conquistador de Siracusa, para oponerle á Anibal, el vencedor de Cannas. Avanzaron los romanos contra Capua, y Marcelo tuvo la gloria de ser el primer vencedor de Anibal, el cual, despues de haber hecho prodigios de valor, hizo una maravillosa retirada hacia la Lucania.

Fué, pues, perdiendo Anibal á Capua, Tarento, y la mayor

(2) En 213. Entonces fué cuando el grande Arquímedes, absorto en sus meditaciones geométricas, sin apercibirse del tumulto de la soldadesca romana que incendiaba y saqueaba la ciudad tomada por asalto, fué muerto por un soldado. El cónsul Marcelo, que había dado orden expresa para que se respetara su casa, sintió vivamente su muerte, y queriendo repararla en lo posible, colmó á sus parientes de beneficios, y mandó erigirle una tumba en que se esculpíó una esfera inscrita en un cilindro.

parte de las plazas de la Apulia, donde luchó por espacio de tres años. No le quedaba ya mas esperanza que el ejército que su hermano Asdrúbal capitaneaba en España. Ya hemos visto cómo los Escipiones frustraban con sus triunfos en España las tentativas de Asdrúbal para pasar á Italia en ayuda y socorro de su hermano.

Al fin, cuando Anibal llevaba ya diez años combatiendo en Italia, logró Asdrúbal trasponer los Pirineos y los Alpes (208), como en el capítulo anterior dejamos referido. Envió tras él el grande Escipion una gruesa armada, con dinero, municiones y viveres, y muchos miles de guerreros españoles. Españoles eran también los soldados en quienes mas fiaban los cartagineses.

Contra Asdrúbal envió Roma al cónsul Livio Salinator al Norte, contra Anibal al cónsul Claudio Neron á la Lucania. Grande era la ansiedad del pueblo y del senado romano. Asdrúbal, digno hermano del mayor genio militar de la antigüedad, y á quien llamaba Diodoro el mas grande despues de Anibal, avanzaba hacia Ancona arrojando delante de sí al pretor Poncio, á la cabeza de cincuenta mil lusitanos y de algunos veteranos de la Galia. Reünense á Livio los españoles que enviaba Escipion. Ambos temen los resultados de una batalla decisiva: porque si triunfa Asdrúbal, sucumbe Roma; si Asdrúbal es vencido, Cartago tiene que renunciar á Italia.

Entre tanto Claudio Neron, mas afortunado en Italia que lo había sido en España (1), había logrado un triunfo sobre Anibal en la extremidad de la Lucania, cerca de Tarento. Allí le fueron enviados unos pliegos sorprendidos á un correo que á Anibal había despachado su hermano Asdrúbal, en que le revelaba todos sus planes y pensamientos de campaña.

Admiremos aquí el patriotismo de los romanos de aquella era. Aquel mismo Neron, que era enemigo mortal de Livio, olvidando sus particulares odios y atendiendo solo al bien de la república, vuela en socorro de su colega con siete mil soldados escogidos. Vuela, decimos, porque separaban cien leguas los dos campos, y bastaron siete dias á sus tropas para salvar tan enorme distancia. Tan á las calladas lo hicieron, que ni Anibal advirtió al pronto su salida, ni Asdrúbal notó su llegada. Incorporados los dos cónsules, aquellos cónsules que tanto se aborrecian, púsose Neron á las órdenes de Livio para combatir al enemigo comun. Pensamiento atrevido el de Claudio Neron, y abnegacion admirable, que le dieron á un tiempo gran reputacion de civismo y de capacidad.

Presentan al siguiente dia la batalla. Sorprendido Asdrúbal de hallar á los cónsules reunidos, sospecha si su hermano habrá muerto, ó recela por lo menos que haya sido derrotado. Bajo el influjo de estos tristes presentimientos, iguales á los que años antes había hecho él concebir en España á Cneo Escipion respecto de su hermano Publio, esquivo el combate y emprende de noche la retirada. A las pocas horas de marcha los guias le abandonan, y el ejército se fatiga en idas y venidas por las márgenes del Metauro, buscando un vado que le es imposible hallar. El retraso da lugar á la llegada de los cónsules, y Asdrúbal se ve forzado á aceptar la batalla. Rudo fué el choque entre las tropas escogidas de los romanos y la legion de España. Desbándansele á Asdrúbal los ligurios, pero nada basta á hacer cejar á los soldados españoles, que firmes en sus puestos prefieren morir á retroceder un solo palmo. Tanta bizarría no sirvió sino para inmortalizar el nombre español (2). Sucumbieron al número, y fueron degollados como el mismo Asdrúbal, que no queriendo sobrevivir á la derrota buscó la muerte, vendiendo cara su vida, en las lanzas enemigas (207).

La batalla del Metauro fué para Roma lo que para Cartago había sido la de Cannas. Costó cincuenta mil hombres á los vencidos, veinte mil á los vencedores. Puede decirse que aquel dia, en un rincón de Italia, se decidió que España seria una conquista de los romanos.

Enpañó allí Neron sus glorias con un hecho indigno de su

(1) Véase el final del cap. IV.

(2) Tito Livio, el mas interesado en acrecentar las glorias de las armas romanas, encarece y tributa mil elogios al valor de los españoles en esta como en otras batallas.

nombre. Con bárbara inhumanidad hizo cortar la cabeza de Asdrúbal; y no contento con esto, mandó trasportarla á la otra extremidad de Italia y arrojarla en el campamento de Anibal; de Anibal, que mucho tiempo antes había honrado con magníficas exequias el cadáver del cónsul Sempronio. A su vista el general cartaginés, enterrecido y consternado, exclamó: «Perdiendo á Asdrúbal he perdido yo toda mi felicidad y Cartago toda su esperanza (3).» Con razon temia, pues ya no pudo Anibal hacer otra cosa que mantenerse á la defensiva, si bien todavía se sostuvo cuatro años en la Calabria contra todo el poder de Roma por la sola fuerza de su genio y del valor que supo inspirar á sus tropas.

Cuando Escipion acabó de expulsar de España á los cartagineses, pasó á Roma á dar gracias por sus triunfos á los dioses del Capitolio, con intencion al propio tiempo de preparar sus ulteriores planes sobre Cartago. Por las leyes romanas ningún ciudadano podia gozar los honores del triunfo antes de haber obtenido el consulado. Pero no necesitaba su gloria de aquella vana solemnidad. Hizo su entrada precedido de los carros en que conducia el oro y la plata que había llevado de España con muchos objetos preciosos, como muestra de la riqueza natural del país que acababa de conquistar. Vistió luego la túnica de candidato al consulado, y no tardó en ser proclamado cónsul por una mayoría no vista hasta entonces en la república. Era su gran pensamiento político llevar la guerra al Africa y destruir de una vez á Cartago. Acogió el pueblo con entusiasmo aquella grande idea; no así el senado, donde tenia muchos y envidiosos rivales, que se opusieron á aquel intento por los órganos de Fabio y de Caton. Pero al fin se adoptó el medio de darle la Sicilia con facultad de pasar á Africa, si circunstancias imperiosas así lo exigiesen. Escaso ejército le facilitó la república, pero todo lo suplió el ardor de los ciudadanos. A poco tiempo reunió Escipion en Sicilia un armamento formidable, con el cual desembarcó en Africa llenando de espanto á Cartago, que desde los tiempos de Régulo no se había visto amenazada por tan poderoso enemigo.

Contaba allí con la alianza de Masinisa y de Siphax: el primero no le faltó; pero el viejo rey nómada le había hecho defeccion pasándose otra vez á los cartagineses. Escipion determinó castigar aquella deslealtad con una perfidia, que no porque el nómada la mereciera dejó de ser indigna del romano. Mientras andaba en tratos con Siphax y le entretenia con negociaciones, invadió una noche de improviso su campamento, y poniendo fuego á las tiendas en que dormian los soldados, hizo perecer con el fuego y con la espada á cuarenta mil africanos. Quiso disfrazar la alevosía atribuyéndola á inspiracion de los dioses, y ofreció sacrificios á Vulcano: pero quedaron la historia y la posteridad para condenarla.

De todos modos Cartago se vió en la precision de llamar á su seno á Anibal, que aunque debilitado, todavía permanecia en Italia teniendo en respeto á Roma. ¡Cuán sensible debia ser al cartaginés renunciar al bello país que había recorrido por espacio de diez y seis años, y en que había ganado tantas glorias! Pero reconocia la justicia con que le reclamaba su patria, y no vaciló en volar en su socorro, no sin devastarlo todo á su tránsito y sin ejecutar sangrientas violencias. Iba pues á pelear un Anibal con otro Anibal, un Escipion con otro Escipion: el genio de Cartago con el genio de Roma. Anibal llega á Africa: los dos insignes guerreros se ven, se acercan, entablan pláticas. Bajo el pabellon de una tienda de campaña se tratan los destinos del mundo. Resultó de la entrevista el convencimiento de que una de las dos repúblicas tenia que dejar de existir, y se encomendó de nuevo la decision á la suerte de las armas.

(3) Horacio en una de sus mas bellas odas expresó la afliccion de Anibal con estas sentidas palabras:

*Cartagini jam non ego nuntios  
mittam superbos: occidit occidit  
spes omnis et fortuna nostri  
nominis, Asdrubale interempto!*

«Ya no enviaré soberbios nuncios á Cartago: ¡se acabó, se acabó, muerto Asdrúbal, toda la esperanza, toda la fortuna de nuestro nombre!»